

100.- Espíritu del Resucitado

En este tiempo pascual
en que celebramos la presencia viva y vivificadora de Jesús Resucitado,
nos reunimos para darte gracias, Dios, Padre y Madre,
porque al compartir nuestras vidas e inquietudes
experimentamos que es tu Espíritu quien nos anima.

Como los primeros discípulos y apóstoles,
nos alegramos de que la buena nueva del Evangelio
llegue a las personas que la necesitan
como liberación de sus opresiones y curación de sus sufrimientos,
y a los colectivos marginados y pueblos oprimidos,
significados evangélicamente en la Samaría despreciada desde Jerusalén,
y en la Galilea de los gentiles.

También hoy creemos que la marginación es lugar privilegiado
para la buena nueva del Reino de Dios y de las Bienaventuranzas.
En nuestro mundo injusto donde el poder, la riqueza y la ambición
producen tanta pobreza, exclusión y deshumanización,
anhelamos otro mundo posible animado por el mismo espíritu que animó a
Jesús
a ponerse de parte de los perdedores de este mundo.

A pesar de nuestras debilidades y limitaciones,
confiamos en su promesa de que tenemos un Defensor
que está siempre con nosotros, vive con nosotros y nos anima y nos da
vida.

Nos sentimos personas amadas por Jesús y por el Padre y Madre.
También nosotros le amamos y nos sentimos en comunión con él.

Hoy lo celebramos en este sacramento
en que hacemos memoria de Jesús, de sus gestos y palabras de amor,
y especialmente de su muerte y su resurrección.
Viendo cerca su final quiso quedarse con su gente en estos signos que
celebramos:

**TOMÓ PAN, TE BENDIJO, LO PARTIÓ Y LO COMPARTIÓ
DICIENDO:
TOMAD Y COMED, ESTO ES MI CUERPO ENTREGADO POR
VOSOTROS.**

Y al acabar la cena, tomó la copa y brindó con ella diciendo:
TOMAD, BEBED DE ESTA COPA,
QUE ES MI VIDA DERRAMADA POR VOSOTROS Y VOSOTRAS
Y POR TODA LA HUMANIDAD PARA SU PLENA LIBERACIÓN.
Y HACED ESTO EN MEMORIA MÍA.

La muerte de Jesús crucificado con todos los crucificados de la historia humana no es el final ni el fracaso, sino la apertura a una vida nueva, plena y liberadora, porque Dios le resucitó de entre los muertos y la muerte ya no tiene poder sobre él.

Quienes creemos en Jesús y en su resurrección, creemos también que esa vida nueva y plena es la promesa y el destino de todas las personas que hoy sufren y son crucificadas.

Y quienes creemos que él vive y está con nosotros, creemos que su Espíritu nos anima a vivir y a luchar para que todas las personas puedan tener una vida digna y verdaderamente humana.

Por eso nos animamos mutuamente a caminar en la dirección del horizonte del Reino de Dios, utopía de nuestras esperanzas y anhelos más profundos.

Por ello brindamos hoy con la alegría de la resurrección:
-POR CRISTO RESUCITADO
PRESENTE EN NUESTRAS VIDAS Y EN NUESTRO MUNDO
-POR SU ESPÍRITU, QUE NOS ANIMA,
NOS HACE VIVIR COMO PERSONAS RESUCITADAS
Y NOS ENVÍA A TRANSMITIR ESA VIDA NUEVA.
-POR LAS COMUNIDADES CREYENTES EN JESÚS,
POR LAS REDES DE GRUPOS PRESENTES EN LA SOCIEDAD
COMO FERMENTO Y SIGNO DE LUZ.
-POR OTRO MUNDO POSIBLE
DE HUMANIDAD, JUSTICIA Y SOLIDARIDAD.
-POR LA FELICIDAD DE LAS BIENAVENTURANZAS.

